

DECIMO TRIMESTRE.

CAPILLADA 199. 26 de noviembre de 1839.

FR. GERÚNDIO.



EL PADRE Y SU LEGO

DE VISITA CON LAS MADRES.



Salíamos Tirabeque y mi respetabilísima Pater-
nidad de misa..... porque, señores, he dicho otras
veces que lejos de estar reñidas las prácticas reli-
giosas con las ideas liberales, se aunan y herma-
nan muy perfectamente; como que una de las co-
sas que han llamado con gusto mi gerundiana
atencion de algun tiempo á esta parte es ver á
los Salvaguardias ir muy esacta y decorosamente
en cuerpo á oír su misa en cada dia de guardar
desde que tienen á su frente de comandante un
decidido y constante liberal, el hermano Porras,
que asi me place que sean los Porras, y no como

otros muchos porras que diariamente porrean al prógimo: decia, señores, que salíamos las dos distintas personas y el solo Gerundio verdadero de misa, y le propuse a Tirabeque que me acompañase á ver unas monjitas, que hacia tiempo me habian manifestado deseos de conocerle.

Tirabeque se me quedó un rato suspenso, al cabo del cual me dijo: «Señor, las hermanas monjitas anteriormente en la época anterior de otro tiempo siempre solian tener alguna golosina que regalar á los que iban á visitarlas, tal como algunas almendritas, ó algunos bollitos, bizcochos, yemecitas ó cosa asi: yo no sé qué tal estaremos ahora de estas materias.—Eres muy inconsiderado, Tirabeque; y tan apasionado me has salido á la dulzaina y las gollerías, que si te dieran barro á mano.....—No señor, barro no lo como; dulces, dulces.—Pues eso, hombre, dulces: si te dieran dulces á mano, creo que habias de morir de una saturacion ó hartazgo de ellos, como se cuenta de Mr. Boirtheau. Las pobres monjitas no estan hoy para esos obsequios, y lo único con que te podrán obsequiar ahora será con muchos suspiros.—Señor, segun sean los suspiros; porque hay suspiros de boca, y hay suspiros para boca: es decir, unos que salen de la boca, y otros que son para entrar en la boca. Estos últimos son los que me gustan, los otros no.—Ideas son esas, Tirabeque, que dejando á un lado la parte de chocarrería que tienen, te hacen muy poco favor, porque descubren

las miras interesadas que abrigas en tu mezquino corazón. Eso de visitar por especulación es muy cortesano, y en esta parte no me gusta que entres en las costumbres de la corte.—No señor, porque ya en la aldea tenía yo esta misma maña.—Pues á la mala maña se la corta un brazo, y por lo mismo es empeño mio ahora el que me acompañes; y te protesto que no permitiré que aceptes género alguno de obsequio que te quisiesen hacer. Es menester tratarte en algunas cosas como á un niño, hombre.

Encaminámonos pues al convento, y previo recado de la Madre Portera bajó la Madre Priora al locutorio acompañada de otra religiosa, que á fé que si en el siglo estuviera, ni los progresistas ni los retrógrados la desecháran de sus candidaturas. Llamábase la Madre Rufina de la Encarnacion. Saludáronme las hermanas como á persona ya conocida, y con aquella afectuosidad que tienen de costumbre. En seguida me preguntaron por Tirabeque: «Aquí le tienen vds., les respondí.—«¡Cómo! ¿es ese?» exclamaron con el acento de la admiracion. «¡Ay! Pues no es tan feo tan feo como Vtra. Paternidad nos le habia pintado.—Señora, dijo Tirabeque, el amo pinta las cosas conforme á él le parece; no hagan vds. caso de él.

Riéronse las monjitas con esta última oracion que tanto favor me hacia, y empezaron á conocer la esactitud con que yo les habia pintado su caracter. «Anda, Rufina, dijo la priora á su jóven

acompañante, avisa que está aquí Tirabeque, y que bajen las que gusten.» Tres minutos serian pasados cuando empezaron á entrar monjas, á entrar monjas... en fin toda la comunidad, inclusa una que se hallaba semi-postrada de reuma, entró en la pieza de recibimiento solo por ver á Tirabeque. No les costó mucho trabajo reconocerle, puesto que estábamos los dos solos. Armóse desde luego una greguería, que parecia dia de jubiléo en el convento. Todas se agolpaban á la rejilla para verle mas de cerca, viendo lo cual la M. Priora suplicó á Pelegrin tuviera la bondad de acercarse mas á la reja. Obedeció este; pero tan inconsideradamente se arrimó, que dándose con uno de aquellos pinchos ó puntas salientes de la reja en la frente, se hizo un chichon ó tubérculo que aun le dura. El infeliz en la fuerza del dolor se desahogó con una exclamacion cuyo significado sin duda no conocian las monjas, porque de otro modo tenian demasiado motivo para haberse escandalizado.

Pasados los primeros momentos, de dolor por parte de Tirabeque, y de compasion mezclada de cierta inevitable risa por parte de la santa comunidad, «Señor, me dijo aquél, unos estorbillos de la dureza de estos hacian falta en los despachos de algunos ministros.» «Para qué? ¿para qué?» Preguntaron cinco ó seis monjas á un tiempo.—Señoras, les dije yo temiendo una contestacion demasiado explícita de Tirabeque, para evitar cier-

tos apropincuamientos de que suele pender el bueno ó mal éxito de ciertos negocios.—¿Y qué son apropincuamientos? preguntaron súbitamente otras tantas hermanas.—Apropincuamientos son (empezó á decir Tirabeque.... yo le dí de codo temiendo que me comprometiera; él sin duda me entendió, y continuó diciendo): «a propincuamientos deben ser los méritos y servicios que las personas que pretenden alegan en los expedientes.» Aquella esplicacion, mas ingeniosa de lo que pudiera esperarse de Tirabeque, no dejó de tranquilizarme.

Sentáronse luego las madres, en el santo suelo como tienen de costumbre ó su instituto prescribe, escepto la M. Priora, que tenia una sillita sin respaldo. «Señor, me decía Pelegrin, si las sillas de los ministros fueran tan blandas como las de estas hermanas, no sentirian tanto dejarlas.» Y admirábase de verlas tan contentas y satisfechas en medio de aquellas privaciones y aquella humildad. Floreáronle todas recordando sus dichos mas notables, que repetian casi en sus mismas palabras, en lo que mostraban bien el cuidado y atencion con que leían todas y cada una de las capilladas, concluyendo con rogar á mi paternidad hiciese que se subiera á uno de los bancos para verle á su satisfaccion el pie cojo y el zapato de las cinco suelas.

Hízolo este officiosamente y sin esperar mis órdenes; pero tubo la desgracia de que al subir perdió el banco el equilibrio, y uno y otro ca-

yeron al suelo, aunque sin mas daño por parte de Tirabeque que haberse rozado un codo y una rodilla, y magullándose un poco la cabeza. Asustóse la santa comunidad tanto como es de suponer, pero él se levantó muy animoso asegurando que no se habia hecho daño de consideracion: las monjitas no obstante le ofrecieron un vaso de agua por si se habia asustado, á lo que él contestó que para sustos de caidas solia aprovecharle mas una copa de Jerez ó de Tintilla que vasos de agua. El ceño que le puse le avisó del desagrado que me causaba su indiscrecion, y no chistó mas.

Preguntáronle en seguida cuándo volvía á echar otro baile; á que contestó con una gravedad misteriosa: «paréceme, señoras madres, que no llevarán vds. muchos ayunos de adviento sin que haya yo echado al aire los testiscos de mis piernas.—¿Pues qué hay? ¿qué hay? preguntaron súbitamente todas á un tiempo.—Tengo entendido, dijo él con aire magistral, que antes de mucho va á acabar de cerrarse el templo.—¡Jesus! ¡Jesus! exclamaron tapándose los ojos con los escapularios. No lo permita su Divina Magestad. ¡Cerrarse el templo! ¡Y por eso habia de bailar vd.! ¡Ay padre nuestro Gerundio, y qué lego tan irreligioso tiene vuestra Paternidad! Jesus, Madre del Pilar de Zaragoza! ya no le queremos.—Señoras, témplese vds. por Dios, dije yo, porque el susto de vds. debe proceder de la mala esplicacion de es-

te simple, pues el templo que él dice tiene esperanzas de que haya de cerrarse luego será el templo de S. Jano.—Si señor, ese, ese: el del Sr. S. Jano, que tiene abiertos un par de portillos en Aragon y Cataluña, y tengo para mí que el hermano Baldomero los va á cerrar luego.—Señoras, añ dí yo, esto equivale á decir que hay esperanzas de que la paz se haga general.—¡Há! eso es otra cosa, replicaron las Madres en mas animado acento: ¡ojala! ¿Pero qué noticias, añadió la Madre Rosa de la Sma. Trinidad, ¿qué noticias tienen vds.?

Perplejo me veia yo para haber de satisfacer á las Madres tan prolijamente como desearian sobre las negociaciones de acomodamiento que se creen entabladas y en buen estado, sobre las bases del convenio, sobre el *pláceme* del gobierno, sobre el barco que ha de conducir á Cabrera á Francia, y sobre otras especies que con sintomas de probabilidad circulan; pero me sacó Tirabeque del compromiso diciendo: ¡ay hermanas Madres! Noticias son estas que no se pueden comunicar sino al oido, y para eso era necesario que entrase yo dentro del convento, ó á lo menos quitar los pinchos á estas rejas.

Dejóles la respuesta entre admiradas y tranquilas; y preguntándole yo despues á la M. Priora por el estado pecuniario y de recursos de la comunidad, «¡ay padre nuestro! me contestó con un acento de conformidad que no podia nacer sino

de un fondo de virtud. Mas de un año há que estamos viviendo de la Providencia y de la caridad de algunas buenas almas. Hasta ahora, bendito sea el Señor, no nos ha faltado para ir saliendo del dia, aunque con trabajillos, pues ha habido muchos en que no hemos tenido con que hacer una tacita de caldo. Hoy es el dia que no hay en el convento una onza de pan, pero esperanzas en Dios, no nos faltará la santa Providencia con algun socorrito; y sinó paciencia, que mas pasó Dios por nosotros.—Señoras, dijo Tirabeque, ¿y están vds. de tan buen humor no teniendo que comer?—La culpa la tiene el gobierno, gritó con viveza la seccion de las jóvenes: si señor, el gobierno, que despues de habernos arrebatado lo que era nuestro, nos tiene enteramente abandonadas: si señor, el gobierno; lo mismo este que los anteriores, que tan buenos cristianos deben ser unos como otros.—Vaya, niñas, dijo la Priora; templanza, templanza, que esos arrebatos no los manda Dios. Sobre todo, hijas mias, estais delante de vuestra superiora.—Perdone nuestra Madre, dijeron ellas humildemente, y poniéndose sonrosadas.

Pero dígame vuestra reverencia, padre nuestro Gerundio, ¿no discurre vuestra paternidad algun medio para que este gobierno atienda á nuestra subsistencia y á la del sagrado culto?—Señora, se adelantó á decir Tirabeque, lo que convenia atendido el estado de las cosas, era *deca-*

pitarlas á vds.—¡Jesus! ¡Jesus! exclamaron todas á un tiempo: ¡el Señor tenga de su mano á ese hombre! Enviad, Dios mio, un golpe de vuestra divina gracia á este infeliz lego pecador....—Pero señor, me dijo Tirabeque al ver aquellas exclamaciones, es algun disparate lo que he dicho? ¿No me ha dicho vd. muchas veces que lo que convendria, visto el atraso en el pago de las pensiones de las monjas, seria *decapitarlas*?—Anda, estólido, y mas que estólido; lo que he dicho es que convendria *capitalizar* sus pensiones, y de eso á decapitar las pobres monjas considera tu si hay diferencia.—¿Y qué es capitalizar? me preguntaron mas de seis á un tiempo.—Señoras, se lo esplicaré á vds.

Capitalizar, aplicado á la presente materia, llamo yo reducir á capital las pensiones devengadas y no cobradas, ó sea adjudicar una ó mas fincas ó predios hasta un valor capaz de rendir productos equivalentes á las pensiones vencidas, lo que podria hacerse igualmente para las sucesivas, apreciados el valor y rendimientos de las hipotecas como asi mismo el de las pensiones; todo esto vitaliciamente y señalándolo de bienes nacionales, ya de los que aun no se han vendido, ó ya de los que el año cuarenta deben empezar á venderse, para que vds. los administrasen ó arrendasen por sí: todo en los mismos términos que algunos celosos diputados de estas últimas córtes lo habian propuesto para la debida indemnizacion

de las viudas, retirados y demas clases pasivas.

¡Ay! sí, sí, Padre nuestro Gerundio: no deje Vtra. Paternidad de proponer eso al gobierno: que nos *capitúlen*, que nos *capitúlen*.—Señoras, dijo Tirabeque, será escusado, porque este gobierno no capitula con nadie sino con quien le ofrece votos para las próximas elecciones. Si vds. tuvieran votos.....—Y mucho que tenemos; tenemos el de castidad, tenemos.....—No es eso, hermanas madres, votos para diputados, que son los que está comprando ya el gobierno á los gefes políticos á buenos precios, que para estas cosas nunca falta dinero.—¡Ah! pues esos no.—Pues entonces, señoras, no hay mas que paciencia y encomendarse á Dios de todo corazon.

Parecióme que iba la visita algo larga; despedime de la santa comunidad, no sin dejar una pequeña limosna, y Tirabeque imitando mi ejemplo sacó tambien una moneda de su bolsillo, y besándola primero, la dejó en el torno con recomendacion de que la recogiese la madre Rufina. Pidióles perdon por los sustos que sin intencion les habia dado, y encargándole ellas que no fuera la última visita, y que tuviera cuidado cuando bailára por la pacificacion, de no hacer una evolucion como la del banco, y despues de mil adioses y mil ternezas de parte á parte, dejamos el locutorio y el convento.

Señor, me decia Pelegrin por el camino, ¡pobrecitas madres! Son unas infelices. No merece

perdon de Dios el gobierno que asi las tiene abandonadas,..... ¡pobrecitas!.....—Y por primera vez vi deslizarse una gota de agua como un garbanzo del lagrimal de Tirabeque.

DOCE Y TRECE.

Yo no sé por qué regla de aritmética ó por qué ley de las doce tablas la docena del fraile ha de constar de trece y la del resto de los hombres de doce. Por mas que lo he discurrido no he podido adivinarlo , pero ello es asi; y una vez que asi sea, siendo yo Fr. Gerundio de Campazas y Carabanchel de Abajo el único fraile póstumo de esta época anti-frailera , todas las docenas del fraile que haya me pertenecen de rigurosa justicia; son docenas de Fr. Gerundio, son mias.

Es de consiguiente de mi pertenencia la docena del fraile que en la casa llamada de Filipinas de esta corte ha sido constituida en *comision central* para dirigir las operaciones de la próxima electoral campaña , compuesta de los Sres. *Martinez de la Rosa , Tarancon , Acebal y Arratia, Moscoso de Altamira, Casteldurius, Mon, Borrego, Veragua, Egaña, Isturiz , Armendariz , Huet, y Donoso Cortés*; total, *la docena del fraile*. Producto de una reunion que el sábado 23 del cor-

riente hubo en los salones de dicha casa de Filipinas; reunion semejante á aquella de que decia el pastor: «nos juntamos mas de veinte, y alli maldito el hombre que habia, todos éramos pastores.» Alli maldito el exaltado que habia, todos éramos Jovellanéros.

Ya mi Paternidad se habia alegrado bastante de que se tuviera esta reunion de Filipinos, porque entre esta y la que tengan los progresistas en donde á ellos les parezca y yo sabré, me hacen á mi la pacotilla, puesto que me dan materia para reirme de los unos y de los otros, pues para mí Fr. Gerundio, que ni con Filipinos ni con Premostratenses me caso ni me ahorro, estas dos sectas políticas vienen á reducirse á dos comunidades del orden de S. Juan de Dios, que se reunen con el objeto de hacer la merced al pobre pueblo, los unos con el *clíster* ó ayuda de la exaltacion y los otros con la de la moderacion. Pero lo que me ha hecho mas gracia de todo en esta de los Filipinos ha sido el haber fijado en la *docena del fraile* el número de comisionados centrales, y no haber querido ni por un Cristo que fuesen *ni menos ni mas*. Y la razon que tubo la junta para no haber querido pasar de este número, como lo proponia algun socio, fué el que en lo antiguo eran trece las capitanías generales, sobre cuya base se habia fijado despues de largos y acalorados debates el número de individuos de la comision central en *trece*.

Con este motivo me acordé de una señora que

tenia una regular tertulia para el pueblo en que vivia. Mil veces me habia dicho: «Fr. Gerundio, si vd. quiere traer á casa algun amigo de su confianza, yo tendré mucho gusto en ello; basta que sea cosa de vd.» Llevaba en efecto presentados ya dos, pero cuando la insinué que tendria el gusto de presentarla otro amigo, «¡ay Fr. Gerundio! me respondió; por Dios no lo tome vd. á desaire; no me es posible complacer á vd., porque está ya completa la tertulia.—Señora, la respondí, pues aun hay sala para mas gente.—Sí, me replicó, pero no pueden pasar de treinta y tres los tertulios, y si vd. lo ha observado, habrá vd. tenido ocasion de ver que nunca han pasado de este número.—Señora, verdaderamente no he tenido la curiosidad de hacer tal observacion; pero no alcanzo qué razon pueda haber.....—¿Qué quiere vd.? De treinta y tres años murió Cristo, y en consideracion á eso me he fijado en que no han de pasar de treinta y tres los concurrentes á mi tertulia.»

Me admiró seguramente el capricho y nada tuve que replicar. Aquella verdaderamente era la tertulia de las rarezas numéricas. Asistia á ella otra señora que constantemente llevaba el pelo lateral de los rizos dividido en siete bucles ó tirabuzones, tocando como era indispensable, cuatro á un lado y tres á otro. Chocábame á mí aquella imparidad tan inalterable, y ya un dia me tomé la libertad de preguntarla «cómo no igualaba las

baterias del pelo, haciendo tantas á un lado como á otro, á que me contestó que le habia llamado siempre la atencion la historia de *los niños de Ecija* por la particularidad de ser siempre siete, y nunca mas de siete, y que en conmemoracion suya se habia propuesto llevar siempre siete bucles, *ni menos ni más*. =; Habrá caprichos como los que tienen estas señoras! dije yo para mi capilla. Pero cuando he visto que los Filipinos tubieron presente para la fijacion *la docena del fraile* la antigua division del reino en trece capitanías generales creo que ya no me queda mas que ver, porque la misma relacion pienso que tengan las trece antiguas capitanías generales con los trece encargados de la intriga electoral, que los treinta y tres años de Cristo con los tertulios de la otra, y los niños de Ecija con los bucles de mi contertulia.

Y para que se vea que el número es fijo é invariable, y que no ha de ser *ni menos ni más*, el Filipino *Mon*, á quien negocios electorales de la provincia de Asturias obligarán á salir dentro de pocos dias de esta corte, ya tubo buen cuidado de advertirlo á la junta central para que llegado el caso reemplazára su vacante. Esto es altamente apostólico: tambien cuando se ahorcó Judas, que debió ser un intrigante electoral de dos mil diablos, trató al instante el apostolado de cubrir su plaza, que fue cuando sortearon entre *José* llamado el Justo, y *Matias*, recayendo la suerte en este último. Señores, advierto que esto de ningun modo

es comparar á Mon con Judas; lejos de mí una intencion tan agena de mis comparaciones: en tal caso, hermanos habia entre los Filipinos que reclamarian acaso el derecho de preferencia. Yo no diré que Mon no sea capaz de ahorcarse si no puede agenciar los votos como Judas quiso agenciarse los treinta del pico, pero eso no es exclusivamente de Mon, porque en esta parte hay tantos Mones que es un alabar á Dios.

Cuando Tirabeque me leyó la lista de la docena fraileSCO-Filipina, y oí pronunciar el nombre de *Tarancon*, le dije; «muchacho, mira bien lo que lees, que me parece que te has de haber equivocado.»—Señor, me dijo, á vd. siempre le parece que me equivoco: *c, o, n, con, Tarancon*.—Es que no tendrá nada de particular, porque ya otra vez le equivocaste con *Taranco*: y tambien el otro dia me dijiste que *Montes de Oca* habia sido cabo del resguardo el año 12, y no hay tál, pues si bien es cierto que hubo un Manuel Montes de Oca cabo del resguardo aquel año en uno de los puertos de Andalucia, he sabido despues que aquel no es este ministro.—Pues señor, este *Tarancon* no es otro *Tarancon* mas que el obispo de Zamora.

Imposible me parecia, á mi Fr. Gerundio, que el juicioso y respetable Sr. Tarancon se hubiese metido otra vez á *agente general de votos*, pues no es otra cosa la comision de los trece Filipinos; faltando asi no solo á lo que á todos los eclesiásticos les prescriben los cánones, el apostol en sus car.

tas, y el evangelio mismo, mandándoles que huyan de mezclarse en negocios seculares, sino perdiendo y no poco de la dignidad episcopal de que se halla revestido, porque al cabo la comision central Filipina, lo mismo que cualquier otra que de otro color se forme, no pasa de ser un foco de intrigas electorales. Y lo siento, porque sensible es que un hombre de tanta forma como el Sr. Tarancon se desacredite acaso inocentemente y de buena fé. Porque para mí el hermano Tarancon hace el mismo papel en la comision de los trece, que el buen *Blum* en la conspiracion de la comedia de Scribe «*Las capas*,» un hombre que no era conspirador, pero que gastaba la misma capa que los *doce* conspiradores sin saberlo, y sin saber tampoco que los *doce* que gastaban capa como la suya eran conspiradores, y asi dice *Blum* en la última escena:

«Con los unos conspiré,
sin saber lo que me hacía.....»

Sirva pues de amistosa advertencia al hermano Tarancon, para que conozca las capas, y de aviso á los pueblos para que conozcan lo mismo á la *docena de Filipinos*, que á otros que con capas de cualquier color traten de engañarlos, pues lo que quieren es..... pero demasiado sabido es lo que quieren.

Imprenta de Mellado, Editor.
